DJG
ERCILLA
1979

JAIME GUZMAN

Mártir para la paz social

Los designios de Dios son inescrutables. Y entre los más duros destaca siempre la muerte de una persona joven. Por eso, el trágico fallecimiento del teniente Carevic revistió el doble impacto que produce el sacrificio de la vida en el cumplimiento del deber, y el repentino fin de una existencia ilusionada con proyectos y esperanzas.

Pero quizá era necesario. Sí. Necesario para que los chilenos detuviésemos nuestra mente para meditar y agradecer. Porque siendo la gratitud un sentimiento que ennoblece, suele ser infrecuente en la convivencia humana. A veces, por un equivocado pudor de que se confunda con la adulación, y otras por simple egoísmo. No en vano el Evangelio nos narra que de los diez leprosos a quien Cristo sanara en una ocasión, sólo uno regresó para agradecérselo.

Acaso ha tenido que morir el teniente Carevic para que muchos repararan en que los chilenos debemos imperecedera gratitud a nuestras Fuerzas Armadas y de Orden, no sólo porque un 11 de septiembre nos liberaron del comunismo. No sólo porque desde entonces asumieron la conducción del país, apoyando a sus más altos mandos en la misión de reconstruir lo destruido y crear un nuevo edificio político, económico y social, que afiance establemente la libertad, la seguridad y el progreso para todos los chilenos. También porque, simultáneamente, sobre ellas ha recaído la responsabilidad preferente de ganar primero, y asegurar después, la paz social.

Esa paz social que algunos llaman despectivamente "la tranquilidad de los cementerios", pero sin la cual quienes así hablan estarían muy probablemente enterrados en un cementerio, y no podrían destilar su resentimiento ni hacer gala de su presumida arrogancia.

Esa paz social que en cambio los clásicos supieron valorar como "la tranquilidad dentro del orden", según la célebre sentencia de San Agustín. Orden que ciertamente comprende y exige la justicia, pero que se apoya en la tranquilidad social. La tranquilidad que los sofisticados desprecian, pero que la persona común y corriente disfruta cuando puede ir al trabajo y volver de él, enviar a sus hijos al colegio o hacer las labores del hogar, sin temor a la agresión violentista. Realidad que valoramos plenamente sólo cuando conocimos hace algunos años la angustia de su pérdida.

La muerte del teniente Carevic nos recordó que esa páz social no es hoy en Chile un don gratuito, sino el fruto de un diario combate contra una subversión audaz y permanente, alimentada por ideólogos y ejecutores materiales, solidariamente responsables en la común doctrina de odio e inmoralidad que los inspira. Subversión cuyas víctimas son habitualmente ignoradas por los solícitos defensores internacionales de los derechos humanos.

Sólo supimos que este joven oficial había desactivado con anterioridad numerosas bombas asesinas, cuando una terminó con su existencia. Por eso tantos chilenos quisimos despedir los restos de un compatriota al que no conocimos personalmente. Porque así expresábamos gratitud póstuma a un hombre del Ejército de Chile que murió por todos nosotros. Porque en su persona estaba el testimonio de tantos otros miembros de nuestras Fuerzas Armadas y de Orden, cuyo trabajo es arriesgar su vida día y noche para garantizar "la tranquilidad dentro del orden". Porque se trataba de un mártir para la paz social.

Hugo Donoso

EXTREMA POBREZA
Buscando una vida mejor

gunda.

El operativo, que contempla erradicar a 350 familias a distintos lugares del Gran Santiago, recibió, sin embargo, duras críticas de algunos pobladores que recurrieron la semana pasada al Vicario Episcopal de la Zona Oeste, monseñor Enrique Alvear, para protestar por supuestas irregularidades en el traslado.

—Nadie nos ha preguntado si queremos cambiarnos o no —dijeron—. Lo que más nos molesta es el bajo avalúo que ha hecho la Municipalidad a nuestros sitios, porque éstos valen mucho más. Tampoco se nos ha explicado en qué situación legal quedaremos en las nuevas casas. No sabemos si iremos como arrendatarios o propietarios. Con el cambio, nuestros hijos perderán el año escolar y nosotros el trabajo, porque vamos a quedar muy retirados del centro.

También sostuvieron que están siendo llevados a poblaciones y campamentos con casas de inferior calidad a las que ya poseían; que sólo se les permite llevar su mobiliario y efectos personales, y se les había presionado para que firmaran una escritura de compraventa que no se les permitió leer.

Las protestas sumaban y seguían. Pero a los pocos días ERCILLA pudo comprobar que no todos los pobladores de la Nueva Matucana tenían la misma opinión.

—Los que reclaman son los mismos que siempre meten boche aquí —dijeron quienes están a favor del cambio—. Lo que les pasa es que no se han dado el trabajo de informarse. Nosotros tenemos las cosas muy claras. Incluso hemos ido a ver las